



DE YERBAS Y PIPAS, PALABRAS PARA MARÍA TERESA PLANELLA ORTIZ

Luciana Quiroz¹ y Carolina Belmar²

El camino que recorrió María Teresa Planella Ortiz la llevó a diversos lugares, a hacer muchas amistades y a descubrir los paisajes y sus vegetaciones. Estos fueron el alimento de las historias que fue hilando con cada una de las personas que, con placer, compartieron un café con ella en su terraza.

Su infancia en un Santiago cuyos rastros se están perdiendo, la pasó en el barrio Matta, cuna de integración de familias venidas de Siria, Palestina, Italia o España. De padre catalán, comerciante importador, y madre chilena, vivió con sus hermanas y hermanos una niñez libre y dueña de un lugar bullente en la ciudad, donde convivían en armonía bodegas, almacenes, vía férrea, establo y teatros.

Pese a esa libertad, el destino reservado a las niñas, en ese entonces, no se condecía con las inquietudes personales que estas tuvieran; la vocación maternal y la de ser esposa eran los únicos proyectos individuales viables. Sin embargo, para María Teresa, no hubo motivos lo suficientemente contundentes para el olvido, ninguno para soslayar el bullicio interno y la poesía de sus primeros años de adultez.

Tantas conversaciones cotidianas e historias intercambiamos, pero algunas son las frases que resaltan en el fondo de los recuerdos. “Mi memoria es mi fortaleza” alguna vez reveló, como una señal de supervivencia aprendida y de la que nos atreveríamos a decir era su derrotero, su derecho a no renunciar a las causas perdidas o vetadas.

Animada por este impulso y el de trascender la condición femenina tradicional del siglo XX, entró a la carrera de Antropología a mediados de los años setenta. Dotada de un sentido de misión único, marcó el inicio de los estudios sistemáticos de la arqueología en la región de Chile central junto a Fernan-

1. Departamento de Antropología, Universidad Católica de Temuco.
lquiroz@uct.cl

2. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. cbelmarp@u.uchile.cl

da Falabella. Poco y nada se sabía sobre las comunidades alfareras de las regiones del centro de Chile y son ellas las que abrieron el espacio para el reconocimiento de estas sociedades, que después llamaron Llolleo y Bato. No solo refinaron el conocimiento sobre la identidad cultural de las poblaciones que habitaron esta región, sino también le atribuyeron características socioculturales precisas que rebasaban las definiciones admitidas para las sociedades agroalfareras. Este último concepto es el que emplearon haciendo eco del cambio sustancial que operó desde el momento en que se echaron a cocer los alimentos en recipientes cerámicos, hace ya más de mil años. María Teresa y Fernanda establecieron en esta hipótesis los cimientos de sus investigaciones futuras. Fernanda Falabella siguió la senda de la cerámica, mientras que María Teresa fue tras las plantas y la etnohistoria.

Indudablemente pionera en ambos temas, siempre desarrolló las investigaciones con sus amistades, más que sus colegas, como Fernanda y Victoria Castro. Por parte nuestra, no fuimos colegas por mucho tiempo, la cercanía se asomó rápidamente después de que buscáramos juntas de dónde venían los humos, las pipas y las plantas.

La unión poderosa de amistad e inquietudes por investigar no era lo único que animaba a María Teresa. Ella siempre se *pre-ocupaba* de los pasos a seguir y por el propósito de la investigación, de tal forma que no dudaba en abordar los temas más escurridizos para la arqueología. Así indagó la costumbre de fumar sustancias psicoactivas y los contextos ideológicos que la envolvían, lo que vio el día bajo el concepto de *Complejo Fumatorio*, y entronizó a la quinua como el cereal de los períodos tempranos de Chile central. Era preocupación y era entusiasmo y la única manera de seguirla en la travesía hacia tierras incógnitas consistía en contagiarse.

Navegar en el mar de las fuentes escritas, buscar en las palabras y los relatos nuevos indicios o revelaciones ocultas, revisar minuciosamente o ir tras documentos etnohistóricos inéditos, eran otras de las pasiones que nos confesaba.

Siempre nos sentimos enormemente agradecidas por haber compartido, con María Teresa, que, a través de un sutil lenguaje, transmitía su experimentada visión de la vida, valiosa herramienta a la hora de tratar con las materias que nos ocupaban.

Fue guía y consejera para nosotras, y para muchas otras generaciones posteriores. Generosamente abría las puertas de su escritorio atiborrado de libros, fotocopias, y las de su laboratorio, con semillas de plantas por aquí, maceteros con plantas silvestres por allá. Por cierto, era poseedora de una colección de referencia de plantas nativas vivas en su jardín.

Otra vertiente de sus preocupaciones la vivía asistiendo religiosamente a las reuniones del Consejo de Monumentos Nacionales (CMN), en calidad de consejera de la Sociedad Chilena de Arqueología. Habitada por la convicción del deber de proteger el patrimonio, no se perdía ninguna reunión, atenta a cada caso tratado y discutido en el seno del CMN.

Uno tras otro, María Teresa cumplía roles, sin desatender la eficacia de la lengua. Intentamos devolverle la palabra con esta fórmula para recordarla: el llamado de lo singular y de sus reglas caóticas era graciosamente atravesado por una generosa vocación diplomática.

Hoy en día, en el ámbito de la profesión arqueológica, las mujeres han ganado progresivamente más espacio, pero no dejemos de reparar en que ese espacio se lo debemos a las notables personas que nos antecedieron y nos representaron en un ambiente en el que ellas pertenecían escasamente a los círculos de decisión. Ciertamente, el haber trazado una trayectoria en una región alejada de lo que conformaba el corazón de la arqueología chilena en los años setenta, el Norte Grande, fue uno de los méritos de María Teresa. Asumir nuevas direcciones allí donde nadie estimaba prudente aventurarse era su especial habilidad. Como parte de ese mismo gesto, no podemos dejar de subrayar el compromiso que imprimió en el ejercicio de la especialidad arqueobotánica; aunque fuera a pulso y con sacrificio, las tareas se sacaban adelante, paso a paso y andando el camino.

Es con profundo pesar que nos enteramos de que no nos volveríamos a ver y, como último recado de su parte, dejamos esta semblanza, de una mujer que superó ampliamente los límites de todo rol impuesto, del conocimiento que había, y de los espacios para hacerlo, siempre tomando todas las providencias, con una mirada aguda y un sobrio sentido del humor. Querida María Teresa, te agradecemos por inspirarnos y mostrarnos un camino, que esperamos otros seguirán.